

# VISTO Y COMPROBADO

David Fuentefría



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste. Tenerife. ISLAS CANARIAS  
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: [bailesol@idecnet.com](mailto:bailesol@idecnet.com)

## INTRODUCCIÓN

Permita el lector que me empeñe en una segunda incursión recopilatoria dedicada a los textos de cine. Permítame otro pequeño grano de arena sobre el único arte tan equivocadamente equiparable a la moda, el fútbol y demás espectáculos opiáceos, en cafeterías y lugares de ocio. Permita que rompa una lanza cada vez menos inútil, mientras las conversaciones se desvían hacia el preocupante mimetismo del cine español, hacia el concepto de las películas que nos merecemos según los grandes exhibidores, hacia los descabros paralelos de las descargas gratis y el canon digital, hacia las americanadas veraniegas, los criticastros que puntúan de uno a diez, los publireportajes, las alfombras rojas y los guiones meramente ejecutados, sin más ejercicio contemplativo que el que exigen los plazos de la productora. Permítanme un pequeño oasis de tranquilidad donde invitarles a leer sobre cine, a hacerlo despacio y, si es necesario, a hacerlo dos veces (en ocasiones se me acusa de que obligo a leer dos veces como una molestia, como si el tiempo, sobre todo el de leer, fuera menos valioso que el de plantarse ante el chat, ver la serie de las nueve o acudir al gimnasio. Será eso que llaman «la vida que llevamos», cuya fracasada senda tan bien sabe desbrozar el gran José Antonio Marina).

Tienen en sus manos una segunda incursión, como digo, que a su modo es también la primera. Ante todo porque, de necesitar mi

trabajo una descripción promocional, me conformaría con oír que la pereza no se cuenta entre mis defectos (la pereza de enumerar filmografías, de empatizar con los actores o de establecer largos perfiles sobre el director dentro de un texto crítico). Y también porque ese ojo ajeno a la complacencia crece y se aquilata con lo que ve, con cada película que inscribe en su bagaje analítico, sea la propuesta original, conexas a los esquemas clásicos o incluso carente de valores apriorísticos. Esa clase de crítico es también la que se viste con la pulidez de quien halla placer investigando la historia del medio como el que se mira al espejo, toda vez que, en cierto modo, esa historia no es más que nuestra historia misma contada o ficcionada en imágenes, en movimiento sensible y susceptible. En defensa del buen crítico he de decir que tal camino indagador, aunque no lo parezca, se construye sobre el esfuerzo, sin duda un valor a la baja en la sociedad actual, falsamente obsequiosa y sustentada en los caprichos individuales. Pues bien, si el cine sigue engancharlo al público de todas las edades es, entre otras cosas, por aportar un ejercicio paulatino, de tres horas a lo sumo, en el que la apertura de ese individuo a una catarsis colectiva, a una hipnosis colectiva, se torna una oportunidad seductora, posible y real. Personalmente, cuando por mor de lo que en pantalla narra o muestra un director siento que la sala se imbuje de esa experiencia, nunca puedo evitar preguntarme más tarde si el primer espectador que vio funcionar un kinetoscopio imaginó hasta qué punto llegaría a mutar ese sistema de fotografías móviles, casi más próximo entonces al mundo del ilusionismo que al de la tecnología.

Se me reprochará, contra lo expuesto en mi libro anterior, *Espacio y libertad*, que las películas que analizo esta vez, todas ellas publicadas igualmente en la prensa local, se escoran algo más hacia el ámbito comercial. Tendrá razón quien lo haga. También la tendré yo si le recuerdo que el tiempo y la actualidad, recurso y objetivo básicos de todo periodista, pueden convertirse a veces en sus peo-

res enemigos, sobre todo si lo que interesa es recuperar la crítica como género literario. Y creo que también si digo que en este segundo libro hay menos reflexiones, pero mejor elaboradas, en virtud de la evolución a que antes aludía. De ahí también, quizá, que de reivindicar primeramente las dos constantes que Chesterton, Wilde o Gómez de la Serna disfrutaron mucho antes que nosotros (el espacio necesario para teorizar y no el que el editor nos concede, la libertad justa para expresarse y no la que impone el inversor publicitario), pase ahora a titular esta nueva aventura *Visto y comprobado*, apelando simplemente al común pensamiento de un crítico en activo cuando la proyección termina y se encienden las luces. A la marca en forma de v que el visionado ha impreso de entrada en la mente analítica, tras los títulos de crédito, y cuya forma se expande de camino a casa en medio de un torrente de ideas y comparaciones antes de que todo se convierta, definitivamente, en párrafos con firma. A ese pensamiento edificado, fruto tranquilo de múltiples ciclos, conversaciones y lecturas, y de la ceremonia por la que uno presta cada vez, como si fuera la primera, sus retinas a la experiencia del cine. Un pensamiento, en suma, no mejor, no peor, ajeno a la polémica y, en lo posible, al propio ego, tan fácil de dorar, tan tartufo y tan peligrosamente sujeto a tentaciones cuando se trata de juzgar los sueños de los demás.

Desde esta perspectiva les brindo lo escrito sobre películas como *Factotum* o *Pequeña Miss Sunshine*, pero también lo que opino sobre otras en sus antípodas temáticas y formales, como *Borat* o *Yo soy la Juani*. Probablemente se sorprenderán del veredicto que reciben algunas de ellas, mientras que en otros casos no podremos estar más de acuerdo. Pero así es el espectro subjetivo, un delator empecinado en recordarnos dos de nuestros peores defectos: tomarnos demasiado en serio y tomarnos demasiado en broma. Lo que me interesa a mí, como expresé en mi obra anterior, es que prenda la llama del debate. Así que, como habrán imaginado, no les

vendo este libro para establecer dogmas. *Au contraire*. Sólo estoy aquí para ayudarles.

David Fuentefría

## PRÓLOGO

En muchas ocasiones se suele preguntar, a los que ejercen el grato oficio de enseñar, si tienen predilección por algunos alumnos. He de reconocer que, en mi caso, ese cariño especial, si lo siento (que aún no lo sé), está directamente relacionado con la afinidad que tenga el pupilo con la asignatura, pues amo tanto el cine que, inevitablemente, se convierte en el centro de mis conversaciones. Otro tipo de aspectos, como la simpatía que pueda despertar un alumno en mí, se manifiesta mucho tiempo después. El que me conoce sabe que en mi trabajo sólo hablo de trabajo y el cine ocupa una gran parte de éste.

El noble oficio de la enseñanza, dentro del ámbito cinematográfico, es sin duda uno de los trabajos más gratos que se puedan tener. No es lo mismo instruir sobre matemáticas o física, donde el profesor tiene que ejercitar mucho la imaginación para lograr la comprensión en el alumno que no está habituado a contemplar complejas operaciones numéricas en una pizarra. Por el contrario, el cine también exige interpretación, pero ésta suele estar asociada al entretenimiento. La visión de películas forma parte de lo lúdico y esto es una gran ventaja para el que transmite los entresijos de la historia del séptimo arte. De hecho, el alumno ya conoce de antemano parte de esa historia del cine, aunque, eso sí, de forma desordenada y sin haber realizado una valoración crítica de lo que ha visto.

Mis alumnos deben tener previamente una titulación universitaria para poder matricularse en la asignatura que imparto (Teoría e Historia del Cine en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad de La Laguna). Algunos me han visto presumir afirmando que el más torpe de mis aprendices es, como mínimo, diplomado universitario. Mi esfuerzo está ligado a despertar el entusiasmo en el alumnado y trato de exponer las ideas de manera sencilla y práctica, lejos del ámbito abstracto.

He de reconocer que, a lo largo de mi carrera, he mantenido una estrecha amistad con algunos de mis antiguos alumnos que, en su inmensa mayoría, se trata de entusiastas y amantes del cine.

David Fuentesfría fue alumno mío y es algo que digo con orgullo, pues si aquí presumo del empeño que pongo en la enseñanza sobre la historia del cine, él me demostró también el suyo en las innumerables conversaciones en las que analizamos el contenido de una película, las cualidades narrativas de un realizador o un periodo cinematográfico censurado por la legislatura de un presidente.

Años después de licenciarse en periodismo y ejerciendo, entre otras labores, de crítico cinematográfico en el periódico El Día de Santa Cruz de Tenerife, David me pide que haga el prólogo de su segundo libro. La obra demuestra que el autor tiene unas cualidades innatas para ejercer la crítica del cine. Entre sus habilidades, me quedo con la fluidez de su escritura. El resto es puro conocimiento del séptimo arte, tanto en sus formas narrativas como en los contenidos de sus historias.

Todo aquel que se enfrente a este libro ha de tener unas nociones mínimas de este noble y bello arte, pues David refleja con pasión los sentimientos que cada realizador le transmite. Es un crítico generoso cuando observa la sutilidad, la maestría, la estética y la progresión de los directores, pero también es ácido e irónico cuando se encuentra con el oportunismo, la reiteración o la *chabacanería* disfrazada de comedia, drama o acción.

Gracias a este libro, el lector podrá rememorar sus escenas preferidas con las referencias que el autor hace a otros filmes, las comparaciones determinadas por prácticas puramente narrativas o los contenidos que contextualizan cada película con su momento histórico.

Es posible que el lector, ante estos comentarios, crea que comparto todos los postulados de David, en lo referente a sus críticas, y no es cierto. Pero esto no significa que estemos ante una equivocación por su parte o por la mía, sino que simplemente tenemos diferentes criterios a la hora de abordar la obra de un realizador.

De David he de reconocer, no tanto su capacidad para hacerme cambiar de opinión, como su habilidad para mostrarme puntos de vista lejanos a mi imaginación, que han despertado mi interés por ciertos directores que tenía marginados más por culpa de mi ignorancia que por mi aparente conocimiento.

Es para mí un honor y un privilegio prologar este libro, donde el amante del cine ampliará, ineludiblemente, sus conocimientos gracias a una prosa viva e inteligente. Además, será del agrado de aquellos que, con la prudencia de enfrentarse a lo desconocido, se adentren paulatinamente en unas reflexiones que, sin duda, avivarán su curiosidad.

Luis Fernando de Iturrate

Profesor Titular  
de Teoría e Historia del cine en la ULL